



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 22. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Junio 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Haciendo la suscripción por medio de los Correosales:	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »		Provincias: Tres meses, 5,00 id.	
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »			

SUMARIO.

Los artistas, por Ángela Grassi. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — Clemencia, por Isabel Cheix. — En globo de París á Noruega, por Ricardo Villaseñor. — Fantasia, por Arturo Saborit y Thomas. — La Edad Media. — La Cascada de Itamariti, por Nicasio Alvarez. — El arte en Sevilla, poesía, por José Lamarque de Novoa. — Bibliografía, por Eduardo Lopez. — El Antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza. — Explicación del figurin. — Historia natural, por Felicia. — Variedades. — Charada.

GRABADOS: — La cascada de Itamariti. — La Primavera. — La Edad Media. — La perdiz. — El pavo real. — Rodaja para sacar los patrones.

LOS ARTISTAS.

¿Qué es eso, tierno Enrique? ¿Por qué te escondes á las miradas de tus alegres compañeros? ¿Por qué has dejado de correr cual ellos tras los pintados pajarillos? ¿Tus ojos centellean, y están enrojecidas tus mejillas? ¿Qué haces? ¿Qué tesoro es el que acabas de ocultar en tu palpitante seno? ¿Bajas los ojos? ¿Enmudeces? ¿Por qué guardas secretos conmigo? ¿No te amo como una hermana, casi como una madre? Ah, ya veo que te arrepientes de tu desconfianza!... ¡Gracias, Enrique, gracias! Dame ese papel que constituye tu delicia, y no temas que sea indiscreta. ¿Pero qué veo? ¿Un paisaje? ¿Estás robando á la natura su secreto hechizo? ¡Estas trasladando al papel la grandiosa obra del Creador omnipotente! Bien, Enrique, bien; no entiendo nada de dibujo; pero en los informes bosquejos que traza el naciente genio, el alma sabe percibir ese vago no se qué con que sella sus creaciones. Es un destello del fuego divino, confiado por Dios á los artistas, que da color y vida á sus obras más imperfectas. Luz misteriosa y sublime, don exclusivo de la pródiga naturaleza, que el estudio no puede encender, que jamás alcanzará á imitar la imperfecta ciencia de los hombres. Pero ¡ay, Enrique mío! ¡Ese don tan preciado de la naturaleza, es el más funesto de los presentes para el alma que lo acepta! Ha-



LA CASCADA DE ITAMARITI.

brás oído repetir mil veces que la corona del artista es una corona de punzantes espinas, que taladra las sienes del desdichado que la ostenta, y te habrás dicho á tí mismo con noble orgullo: tengo fuerza en el alma; sabré

par que el genio ilumina su mente, la negra envidia rodea su alma de espantosas sombras. Es, en fin, porque al dulce néctar de la gloria se mezcla la cicuta de las malas pasiones, y el que liba la funesta copa, ya no puede gozar

luchar; sabré vencer todos los obstáculos de mi camino, que al fin de la carrera el mundo se prosterna ante el genio inmortal y prepotente. ¡Si la existencia del artista es una existencia de combates, de horribles decepciones, de amargos sin sabores, yo hago holocausto anticipado de mi felicidad terrenal, para grabar mi nombre en el templo de la fama!...

Esto te habrás dicho, tal vez á tí mismo, Enrique, y sin embargo, aún no has previsto, el único, el verdadero escollo en donde se estrellan las naves más orgullosas de los que, cual tú, se han lanzado al piélago de la gloria.

¡Ah! si su existencia es tormentosa, no es porque el artista fatiga su juventud con incesantes vigilias, ni porque el asiduo trabajo mental le haga insensible á los fáciles placeres de la vida. No es porque la gloria sea un vano fantasma, brillante desde lejos, raquí-tico y miserable desde cerca, ni porque la popularidad sea un grano de arena, que vaga impelido segun los caprichos del viento.

No es tampoco, Enrique mío, porque le combatan y le destrocen las negras hidras de la envidia y la calumnia, ni porque el esplendor y las riquezas huyan á su encuentro, como huyen siempre, por una imprescindible ley de la naturaleza, de todo lo que es verdaderamente noble, de todo lo que es verdaderamente bueno, como si quisiera significarnos así que el premio de las cosas sublimes no pueden concederle las materialidades de la tierra.

No es por nada de esto, mi querido Enrique. Es porque el artista lleva dentro de sí mismo la carcoma que le aniquila. Es como esas brillantes flores, en cuyo cáliz se oculta un áspid ponzoñoso, es como un blanco lirio, cuyas raíces crecen entre el cieno. Es porque al

de paz ni de reposo en este mundo. Lo que llaman noble emulacion de los artistas, es una palabra hueca como tantas otras con que encubren los hombres las pequeñeces de su espíritu.

Desde que el artista siente invadida su alma por el fuego sacro, lejos de fijar sus miradas como el águila en el sol resplandeciente, lejos de tender su vuelo, como ella hacia los espacios inmortales, reconcentra toda su atencion en las sombras de la tierra, y se esfuerza por rastrear sus alas sobre el lodo. ¿Será tal vez porque sus ojos quedan deslumbrados ante el rayo de divina luz que Dios deja escapar de su sagrario? ¿Será que su mente se extravía oprimida bajo el peso del hálito celeste?

No te rías de la comparacion, Enrique, porque no deja de ser exacta. El artista, desde que siente la primera revelacion de su destino, deja de ser hombre para convertirse en mujer, pero en mujer vieja y coqueta. Como ella, que pasa todo el día delante de su tocador para adquirir gracias ficticias en cambio de sus gracias marchitadas, como ella que queriendo prolongar su reinado á todo trance, pone en juego para conseguirlo todos los pequeños ardides de las almas bajas, tiende á sus rivales ruines asechanzas, y trabaja incesantemente en las tinieblas y el misterio, para derribar al ídolo enemigo de su pedestal esplendente; así el artista, al sentirse digno de una corona, se desvanece, se impacienta, y para alcanzarla más pronto, recurre á la vil intriga y se aperci-be para la lucha: lucha cobarde, lucha infame, porque sus armas son las falsas sonrisas, los hipócritas elogios, la sórdida calumnia. Escudado bajo el dulce nombre de hermano, aplasta sin piedad á su enemigo, y cuando no puede atacarle en sus obras, le ataca en su vida privada, le ataca en sus más caras afecciones. Solo el artista comprende todo el valor de ese terrible *pero*, arma omnipotente de las mujeres, que arroja una mancha indeleble sobre la reputacion, que marchita para siempre una existencia. Entregad una corona rival á un artista, y solo con mirarla quedarán mustias y descoloridas sus hojas más lozanas.

La reputacion que pasa por este tamiz malévoló, el hombre que sale incólume de estas luchas de pigmeos, bien merece alcanzar el lauro eterno.

¿Pero creéis, por ventura, que el artista, en el apogeo de su gloria, es más feliz que sus vencidos adversarios? ¿Ay si te fuera posible convocar delante de tí á todos los poetas, pintores y músicos de la tierra, cuyo nombre vuela de confin en confin en alas de la fama! ¿Ay si te fuera dado levantar por un momento el brillante velo que los cubre y engaña á la muchedumbre! ¿Ay de tus ilusiones, Enrique, porque hallarias en la generalidad de los artistas, Mesalinas que prostituyen su genio por vanas distinciones, Mesalinas rastreras cuya alma solo alienta por el odio y la ponzoñosa envidia! Si pudieras leer en el fondo de su corazon cuando la sonrisa anima sus labios, si pudieras analizar los tormentos de sus intranquilos sueños, romperias horrorizado ese papel que forma tu embeleso!

Porque la ambicion del artista es una hoguera que todo lo devora y lo ennegrece, y Dios le ha dado por castigo el espantoso castigo de las Danaes. Como ellas, está condenado á llenar un tonel sin fondo, y cuantos más triunfos consigue, más crece, más le atormenta su rabiosa sed de gloria.

Cada uno quiere ser el único ídolo de la tierra, cada uno pretende que todos los seres de la creacion, solo rindan un culto ante sus aras.

El poeta envidia la corona del músico, y el músico el laurel que alcanza los pintores. Si existen en la tierra una perfecta imagen del exclusivismo, este es el artista. Es preciso que ningún nombre resuene al par que su nombre; es preciso que ningún ser tenga la avilantez de imprimir el pie donde ellos dejaron estampadas sus huellas. Por lenta que sea su marcha, le persiguen, le acosan, le anonadan, y como el tigre, solo experimentan un instante de placer cuando ven sembrado el camino de miembros palpitantes. El audaz conquistador puede verter una lágrima para los vencidos; jamás brilla ni un rayo de compasion en el alma del artista.

¡Necios! ¡olvidan que todos los seres tienen igual plaza en el banquete de la creacion, y que la abeja necesita el perfume de mil flores diversas para labrar su néctar peregrino!

Pero la primera víctima del vicio es el vicioso: como el hombre no puede aprisionar en el hueco de su mano todos los rayos del sol, el artista no puede impedir que las chispas inmortales inflamen otras mentes.

Y apenas arranca de raíz una flor, brotan cien capullos; apenas apaga un eco, resuenan mil ecos deliciosos; ¡y el infeliz lucha y relucha, se afana por llevar á cabo su insensata tarea, que como la tela de Penélope, solo debe terminarse con su vida!

Y mientras está entregado á esta lucha, á esta zozobra, á este martirio de todos los instantes, mientras su alma brota sangre, ¡crees tú que su idea pueda volar libre á los espacios y robar sus armonías á los ángeles del cielo! No; su espíritu se va empequeñeciendo, y mientras él aún se juzga un semi-dios, es ya objeto de burla y menosprecio. ¿Sabes por qué la fama registra en sus anales tan pocos nombres célebres? Porque el artista, como la vestal, va dejando extinguir el fuego sacro, porque como Saturno, acaba por devorar á sus propios hijos.

Los unos, los más orgullosos, al ver pulular en su derredor otros genios, se aíslan, se reconcentran, y condenan sus obras á la oscuridad y al misterio, con tal de que no vean la luz del sol en compañía de otras obras. Estos acaban por romper su lira y arrojarla al fuego. Los otros, los que sienten hinchado su corazon de vanidad, abandonan el estudio por la intriga, y con tal de hacerse lugar no reparan en los medios. Estos son como los fuegos fátuos de los cementerios; brillan y desaparecen para siempre.

Enrique: para que esa luz interior pueda ser la estrella salvadora que te guie hasta el sagrario de la gloria, es preciso que antes alumbre las tinieblas de tu espíritu. Antes de pensar en conseguir el lauro eterno, es preciso que descendas hasta lo íntimo de tu corazon, y le purifiques de todas sus miserias. Sé bueno, justo, compasivo y amante, y la inspiracion descenderá á raudales sobre tu pura frente. ¿Crees tú que el Dios de inescrutable justicia, puede conceder un destello de sí mismo al que se entrega á las bajas pasiones, al que abriga un espíritu mezquino? El agua limpia y cristalina puesta en una vasija hedionda, pronto se corrompe y pierde su transparencia. Aunque la superficie de un estanque resplandezca con los rayos del sol, no por eso puede ocultar el cielo de su fondo.

Dicen que es dado á hombres eminentes verter ideas que su corazon no alberga, trazar cuadros que su corazon no siente. Pero ¡ay Enrique! esos discursos solo hablarán á la fria razon, esos cuadros solo embelesarán los ojos. El que no vierte lágrimas, ignora el secreto de arrancarlas; el que no sienta abrasada su alma por la caridad y la ternura, el que no sienta inflamada su mente por el entusiasmo, podrá tal vez admirar, pero nunca conmover.

El sentimiento es una corriente eléctrica que se transmite hasta lo infinito, y da una vida real y positiva á las creaciones del arte. Esa divina comunión de un alma con otras almas, es tal vez lo que constituye el genio y lo que eterniza sus obras en los siglos posteriores.

Date prisa, Enrique: si aspiras á ser artista, procura ahogar el áspid de la envidia que va á germinar en tus entrañas. Estírpalo sin compasion, y para conseguirlo, complácese en admirar las obras de tus rivales, complácese en alentar sus esfuerzos infantiles. Cuando las acerradas saetas de la envidia desgarran tu pecho, no te sonrias llamándola emulacion; porque si no la sofocas al instante, habrás perdido para siempre tu felicidad en este mundo y tu gloria venidera.

Piensa que en un jardín crecen mil diversas flores, y que el contraste de los matices es lo que da más realce á su hermosura. ¿Acaso es menos brillante una estrella porque brille rodeada de otras mil estrellas?

Mira: cada árbol tiene su coro de alegres pajarillos que le cantan alabanzas: ahora bien, cuanto el bosque es más espeso, más crece el número de los alados trovadores y más armoniosos son sus cantos, mientras al árbol que crece solitario en el desierto solo se acerca alguna ave peregrina, y si descansa un instante en su ramaje, es para tender el vuelo en busca de sus aves compañeras.

Ninguna planta, por humilde que sea, es inútil en la creacion: ninguna planta es nociva á otra, porque cada una tiene sus propios atributos. Si ningún hombre es semejante á otro, tampoco podrán serlo sus producciones, y cada una descollará según su índole.

Ya ves, pues, que la envidia, sobre ser absurda, solo sirve para destrozar el corazon que la alimenta.

El artista, intermediario sublime, encargado por Dios para transmitir al mundo un rayo de su luz divina, es más que un hombre, es casi un ángel, y de ángel debe ser su esencia. Trabaja, pues, y estudia, fijos tus ojos en las esferas inmortales, atento siempre á la voz interior que te impulsa y te da aliento.

Sé hermano de los artistas, no profanando, como se acostumbra, este sacrosanto nombre, sino con verdadera expansion, con verdadero entusiasmo; se bueno, en fin, y no olvides nunca que todo el saber y el esmero de un hábil floricultor no harán que de la ortiga broten rosas.

ANGELA GRASSI.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion.)

Impresionado el poeta de Alcañiz, muy triste y dolorosamente con el espectáculo horrible que le esperaba en el ejército del Norte, expresaba en todos sus versos publicados entónces en Zaragoza, los nobles y patrióticos sentimientos de su corazon, manifestando en ellos los más vivos y ardientes deseos de ver terminada la guerra civil que afligia entónces á España, y el profundo y amarguísimo dolor de su alma al ver tan sombrío y nebuloso el horizonte político, sin la menor esperanza de que asomara por ningún lado el iris de la paz y de la union y concordia, cuya aparicion tanto deseaban todos los buenos españoles. Estos hidalgos sentimientos inspiraron entónces al vate los versos que siguen:

A LA PAZ.

ODA.

I.

Vuelve, risueña Diosa,
Vuelve, fecunda paz, hija del cielo,
Tú, que das á los pueblos generosa
Prosperidad y glorias y consuelo;
Vuelve, y á tu venida,
Mi dulce patria exánime
Respirará otra vez áuras de vida.

IV.

Asaz no gimió España
Bajo el carro sangriento de la guerra,
Que derribó el palacio y la cabaña,
Y los templos y alcázares por tierra;
¿Cuándo á su arrojo plugo
De un extranjero déspota,
Altiva rehuir el servil yugo?

V.

Hoy, cara patria mia,
Que debiera reírte la ventura,
Pues ya del agresor la tiranía
Esconde con horror la tumba oscura;
¿Quién osa dar aliento
De nuevo al clarín bélico
Anunciando furor y asolamiento?

VI.

Hélas, ay!... cien legiones,
Que se juraron implacable encono,
Defienden so diversos pabellones
Diversas leyes y diverso trono:
Míralas, madre España,
Si es que puedes de lástima,
Cuál se destrozan con violenta saña.

VIII.

¿Qué valle, qué colina
De la guerra civil no vió el estrago?
Do quier desolacion, muerte y ruina;
Es de sangre filial Iberia un lago.
Su vasto suelo humea;
Qué discordia maléfica
Agita sin cesar horrible tea.

XI.

¿Qué río enrojecido
No estremeció con su furor los puentes?
¿Ois, ois el pavoroso ruido
De las armas que empujan las corrientes?
Las águilas rapaces
En las lívidas víctimas
Sus garras clavan sin piedad voraces.

XII.

Bien así como el Janto,
Mudado ya su curso por las ruinas
De la triste Ilion, vió con espanto
Sus aguas enturbiarse cristalinas,
Arrastrando cimeras,
Mutilados cadáveres,
Picas despedazadas y banderas.

XIV.

¿Cuándo, paz, á tu abrigo
Vivirá el infeliz linage humano!
Visitaros benévola, y contigo
Vendrá el amor de la virtud hermano.
Mira inocente coro
De donceles y vírgenes
Cuál te lo ruega con ferviente lloro.

XV.

Ven, ven, amable Diosa;
Tus alas, ay! batiendo rauda vuela,
Y afirmando tu mano poderosa,
El combatido sólo de Isabela,
De España los blasones
Serán como otras épocas,
La envidia y el terror de las naciones.

Como habrán visto nuestros lectores por sus propios ojos, la combinación métrica de las anteriores estrofas tan dulce y grata á oídos delicados por su bella y armoniosa originalidad, es nueva en nuestro Parnaso. Ningun poeta español la usó hasta ahora, sino el Cisne del Guadaloque. Aunque no tuvo imitadores, después de publicar su *oda á la Paz*; no vaciló en escribir de nuevo en tan ingenioso metro varias composiciones poéticas, como por ejemplo su *Oda á Cervantes*, escrita en el presente año 1873, con motivo del certámen, que abrió hace pocos meses la Real Academia Sevillana de buenas letras, á cuya ilustre Corporación pertenece nuestro vate desde 1857. Copiaremos algunos versos de esta última poesía. Hablando el poeta con el Manzanares, dice así:

III.

Tú, que en ronco murmullo
Al ave acompañabas agorera,
Y de tórtola viuda el blando arrullo
Repetido por montes y pradera,
Desgarrador suspiro,
Al que tristes y febriles
Respondían los ecos del Retiro,

IV.

Cuando por esta vega
Viste gemir al inmortal Cervantes,
Víctima de la suerte airada y ciega,
Que sus manos alzaba suplicante;
Pidiendo pan al cielo,
(No á monarcas y próceres)
Paz y resignación y almo consuelo;

V.

Tú en fin, oh Manzanares,
Testigo de su llanto y su miseria,
De su triste vejez y sus pesares,
Que entonces deshonraban á la Iberia,
Aunque hoy los arrebolos
De aquel sol fulgentísimo
Orgullo son de pechos españoles;

VI.

Enfrena, oh río, enfrena
Tu silenciosa plácida corriente,
Mientras yo exhalo mi profunda pena
En bronco plectro lúgubre y doliente,
Imitando á Celenios
Y Flumibos y Góngoras,
Al nombrar el mayor de los ingenios.

X.

¡Cantar, cuando la historia
Con sus voces recuerda de lamento
El nombre y melancólica memoria,
Y días que vivió de sufrimiento
Aquel varón preclaro
Que en este mar de lágrimas
De consuelo y de luz jamás vió el faro!

XI.

También al padre Homero,
Genio el más esplendente de la Grecia,
Guiado por un can, cual pordiosero,
Ciego, trémulo, anciano, turba necia
Miraba indiferente,
Miró de la república
El Arconte inhumano y delincuente.

XII.

¡En fatal abandono
Yacer el gran Cervantes luengos años,
Sin que la plebe y la nobleza y trono
Dieran más que desden y desengaños
Del Henares al hijo,
Por sus hazañas héroe,
Por su ingenio del orbe regocijo!

XIV.

La Providencia solo,
Cual tierna madre, cariñosa y pia,

Que proteje al mortal de polo á polo,
Dulcificó su angustia y su agonía,
Mientras la que en su seno
Lo abrigó patria hispánica,
Con rostro enjuto lo miró y sereno.

XVII.

Si Cervantes volviera
A respirar las auras de la vida,
Otra vez de hambre perecer lo viera
Esta prosaica edad tan descreída:
Si el escritor su pluma
No tiznara con farrago
De política vil que nos abruma.

XXII.

Cervantes de mi alma,
Compañero, Mentor y fiel amigo,
En mis días adversos, paz y calma
Y solaz inefable hallo contigo,
Con tus doctas y amenas
Y religiosas páginas
El amargor templando de mis penas.

XXIX.

Españoles hermanos,
Horror, horror á oscuros pensadores,
Discípulos de escépticos germanos,
De piñara servil imitadores;
De su negra doctrina
¿Pueden chispas fosfóricas
Eclipsar de la Fe la luz divina?

XXX.

Bendición y loores
Al Supremo Hacedor del firmamento,
Que al Príncipe de hispanos escritores,
Crió inmortal al soplo de su aliento:
Ingenio sin segundo,
Prez del orbe católico,
De mi patria blason, gloria del mundo.
(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

CLEMENCIA.

(Continuación.)

XII.

Acostumbrada la hija de Luisa á encerrar en sí sus pesares; solícita y cuidadosa en cuanto su padre enfermo caprichoso deseaba, trabajó aquel día como todos, y á la hora de costumbre tomó su bordado y se colocó junto á la ventana, al lado de D. Juan, que hacia rato se hallaba absorto en sus eternas cavilaciones.

Los alegres rayos del sol de Abril envolvían á Clemencia como una aureola de oro, y sin embargo la pobre temblaba de frío.

Aplicaba la vista, procuraba entregarse al trabajo con toda su alma, y en él y en todas partes donde miraba, solo veía aquella terrible Cruz de San Juan de Jerusalén.

—Imposible! pensaba y su corazón se deshacía en llanto.

Absorta en su dolor, nadie volvió á ver abierta la ventana; las flores palidecieron en las macetas y acabaron por secarse.

D. Juan de Leiva, que hacía algunos días no veía á sus buenas amigas, preguntó por ellas, y Clemencia tuvo que darle mil excusas para dejarlo satisfecho.

¡Ay, aquellas flores eran un presente de D. Félix y este no había vuelto á parecer.

El estado de la joven y su angustia continua no se escaparon á los interesados ojos de la mandadera; un día la sorprendió que lloraba de una manera desconsolada y ansiosa, quiso averiguar la causa, y ella se mantuvo impenetrable.

Sin embargo, aquel mismo día halló á D. Félix, y como le conocía, multiplicó las preguntas.

Mendoza, que necesitaba hablar con alguien de Clemencia, se franqueó con la astuta mujer, por ella supo el dolor continuo y silencioso de la joven, y acabó por entregarle una carta con expresa condición de no volver sin respuesta.

Si la carta hubiera sido sola, quizás la mandadera no la habría llegado á entregar, pero iba acompañada de un brillante mejicano y se resignó.

XIII.

Clemencia bordaba, y su padre dormía en el sillón, cuando la mandadera llegó con el mensaje.

—De parte del Sr. D. Félix, dijo al entregarle.

Un temblor imperceptible crispó los dedos de Clemencia; guardó la carta en su costurero, y contestó:

—No vuelva V. á encargarse de ninguna, porque no la recibiré.

—Me ha dicho que espera respuesta, murmuró aturrida la criada.

—Mañana la llevará V.

Cuando quedó sola, abrió la carta y leyó mas bien con el corazón que con los ojos.

«Hace ocho días que no te veo, á tí que eres la luz de mi alma. No puedo vivir sin tí. Clemencia, ¿cuándo me perdonarás?»

«Quizá hayas creído que mis promesas son una farsa para sorprender tu noble y honrado corazón. Exígeme, por Dios, cuántas pruebas necesites para convencerte de su verdad y aceptarlas. Si llegara á ser así, tú verías que si por desgracia no puedes llevar mi nombre, ante Dios que ha de juzgarnos, eres mi única y verdadera esposa.

«Pero hay más, alma de mi alma: en cambio de tu amor, como la mejor prueba de mi sinceridad, voy á entregarte mi vida en documentos, que si se hallaran en mi poder serían causa de mi muerte como reo de alta traición. Comprometido en los últimos acontecimientos, ni mi nombre, ni mis riquezas me salvarían. Acéptalos, te lo suplico, Clemencia.

Félix.

Palpitante y trémula ella, tomó la pluma y le contestó:

«Te creo, y te amo con todo mi corazón, pero nada quiero ni espero sobre la tierra. Olvidame, y quema esos papeles que pueden darte la muerte.»

Clemencia.

XIV.

Una lucha terrible y desesperada empezó para la joven.

El trabajo de una parte, el cuidado de su padre por otra, el afán continuo y mas que todo el terrible recuerdo de su desdicha, envenenaban todas las horas de su vida.

Por algun tiempo creyó que D. Félix se resignaría como ella y que no iba á volver.

Pero hacia varias noches que con dolorosa sorpresa, lo sentía llegar á la misma hora de siempre y escuchaba sus pasos, graves y acompasados unas veces, ligeros é impacientes otras, rondar durante algunas horas la ventana, inexorablemente cerrada.

Clemencia veía que cada una de estas noches, de insomnio, de angustia y súplicas al cielo, minaban su débil naturaleza y se hallaba con espanto enflaquecida y débil de día en día.

Pasar doce ó catorce horas de fatigas, de privaciones y cuidados por un infeliz, que ni podía comprenderla ni consolarla, y luego, en vez de hallar descanso, sentir desgarrarse el alma cada vez más, escuchar al pie de la reja un suspiro comprimido, su nombre pronunciado débilmente, pero con una agonía infinita; oírse llamar con el gemido de la desesperación y no poder contestar, tener la mordaza del deber en los labios y el corazón rebosando amor, era demasiado.

Por esto temblaba al llegar la hora de su martirio diario; en valde procuraba acostarse temprano y dormirse; sus ojos rebeldes se negaban á ello; tapaba los oídos desesperada, y los pasos de Félix resonaban en su cerebro y en su corazón.

Llegó, en fin, un día, en que á pesar de sus deseos le fué imposible trabajar.

Angustiada, sin saber qué hacer, empleó todo su talento en economizar en sí para que no faltara á su padre, y con una resignación de mártir, esperó lo que Dios quisiese hacer de ellos.

XV.

Una noche, á fines de verano, eran cerca de las dos, y Clemencia creía dormir; Félix no había parecido.

Se ahogaba en su lecho y se levantó; abrió la ventana y respiró con avidez.

La luna le enviaba sus rayos como mensajeros de consuelo que parecían decirle:

—Animo, hermana, la vida es corta, ánimo.

Un leve ruido la hizo de repente sentir mortales calofríos.

Se retiró de la ventana, la cerró suavemente y trémula y llorosa quedó de pie sin retroceder ni avanzar.

D. Félix llegaba.

Se hubiera dicho que tenía la intuición de que Clemencia lo veía, porque después de pasear algun rato, se aproximó á la ventana baja, buscó las roturas del cancel, se alzó apoyado en ellas y la joven dolorosamente estremecida vió la sombra de su cabeza detrás de los hierros dibujarse sobre los cristales.

Involuntariamente dió un paso atrás, y se estrechó el

pecho con las manos, por miedo quizás de que los latidos de su corazón revelaran su presencia, mientras D. Félix extendió el brazo y tocó suavemente en los cristales diciéndole:

—Clemencia! Por Dios! escucha, ven.

Ella trató de huir y le pareció que sus pies habían echado raíces en el suelo.

Se ahogaba, quería llorar y le era imposible.

El corazón le decía.

—Es él, que te ama con locura, que es noble y hermoso, que te ofrece una vida de verdadero delirio, que sufre con tu conducta porque te adora como tú a él le adoras.

Una palabra os consuela, pronúnciala.

Y su fe, su razón y su deber repetían:

—Esa palabra te pierde para siempre: es tu honra la que das en ella, honra que no te pertenece porque es de tu anciano padre, es el olvido de los consejos de tu santa madre, es el remordimiento continuo en esta vida y tal vez tu eterna perdición en la otra.

Y entre tanto Félix murmuraba con acento triste, ansioso, desesperado.

—Ven, Clemencia, ven.

La infeliz cayó de rodillas; con un violento esfuerzo tapó su boca con la mano porque sentía subir de su corazón y acudir á ella todas las frases de amor que Félix deseaba, y perdió el sentido sin exhalar ni un eco que revelara su presencia.

XVI.

Había llegado el otoño, estación triste sobre todas las tristezas, en que cada hoja que cae se lleva un recuerdo de la primavera y una ilusión del alma.

Las primeras nubes, precursoras del invierno, entoldaban con un manto gris el diáfano azul del cielo, y el aire, ligeramente fresco, sacudía las ramas que gemían como si sintieran perder sus magníficos adornos.

Las flores palidecían y se secaban en los tallos, y como ellas Clemencia se inclinaba á la tierra en la mas santa y resignada de las agonías.

Su palidez, su fiebre, su demacración llegaron al fin á despertar un rayo de inteligencia en don Juan de Leiva; y aunque quiso disimular el sufrimiento que la devoraba, el anciano exigió que se llamara á un facultativo.

Ella accedió por complacerle, aunque segura de que la ciencia no curaba su alma.

El doctor al verla se entristeció profundamente, nunca había visto tanto mal unido á tan dulce resignación.

Al extender la joven su blanca y enflaquecida mano que ardía y temblaba á la vez, se sonreía, pero su sonrisa estaba empapada en lágrimas.

—Mucho descanso, ánimo, distracciones, pasear todos los días.

He aquí el plan que se le prescribió, desgraciadamente imposible de realizar, por las circunstancias que rodeaban á la enferma.

Un día que D. Juan escribía á su hijo mayor, una larga carta de observaciones científicas, en la que en medio de sublimes verdades, había frases que probaban el lastimoso estado de su cerebro, puso al pie, entre dos figuras geométricas, de mas que regulares dimensiones.

—Hijo mío, Clemencia se muere, estamos solos, y esta soledad aflige mucho á tu padre.

Después de escrito lo olvidó completamente y volvió á caer en las tinieblas de sus delirios.

D. Félix, por la mandadera á quien veía diariamente, sabía el lúgubre drama que se desarrollaba. Cada vez mas enamorado, no perdonaba medio de hacer llegar cartas llenas de súplicas á manos de la pobre enferma.

Ella se las volvía sin abrirlas, pero parecía que daba en cada una un pedazo de su alma.

—Yo quisiera verla, suspiraba Mendoza, es imposible que niegue á mis ojos lo que niega á mis cartas. Un momento de delirio, y renace la felicidad para los dos.

D. Félix al pensar así juzgaba á Clemencia como á la generalidad de las mujeres, siendo así que era una excepción de ellas.

La miseria que la rodeaba á pesar de sus generosos esfuerzos, su aislamiento cada día mayor, la absoluta libertad que le daba el estado de su padre, eran otras tantas tentaciones que si la exaltaron, huyeron avergonzadas ante la dignidad y pureza de sus sentimientos.



LA PRIMAVERA.

Muchas veces varias amigas sabedoras por D. Félix, cuyo dolor era mas expansivo, de la posición de ambos; compadecidas en realidad ó por seguir la táctica de la serpiente en el Paraíso, le murmuraban al oído.

—Pero Clemencia, eso es ya desvario; te matas y lo matas. Un amor en las circunstancias que se halla el vuestro, obtiene siempre el perdón de Dios, porque Dios no exige imposibles.

O bien añadian:

—Por qué castigas como un delito en él, lo que solo es una desgracia?

Clemencia cerraba sus oídos al canto de estas sirenas, y se refugiaba en su fe y en los recuerdos de su madre, para decir desde lo íntimo de su conciencia:

—Dios mío, haz que lo olvide!

En sus noches de insomnio y de agonía, donde quiera que volvía los ojos, creía ver una sombra triste, trasfigurada, que unía las manos y le repetía derramando lágrimas.

—Hija, hija! cuidado, el que cae no se levanta nunca! Y se evaporaba para volver en seguida.

Pero entonces no estaba sola, otra imagen igualmente adorada le tendía los brazos, con los ojos llenos de amor y de delirio.

Félix y su madre pesaban el uno en su conciencia y la

Ayuntamiento de Madrid

otra en su corazón, y en esta lucha eterna y horrible su vida se evaporaba como una esencia expuesta al aire libre y á los rayos del sol.

ISABEL CHEIX.

(Se continuará.)

EN GLOBO DE PARIS A NORUEGA.

Traducción del "Monde Illustré."

(Continuación.)

Al cabo de dos horas de camino, distinguieron por fin nuestros viajeros un pueblo, que según pudieron comprender era el de sus acompañantes Flarold é Ingibjod. Llegados á él, se hospedaron en la casa del primero, donde se hallaban reunidas sus respectivas mujeres con sus hijos y algunas vecinas. El aspecto que presentaba la habitación era bastante confortable. Sentáronse alrededor del fuego que ardía en una buena chimenea, y una vez presentados, recibieron de todas las más grandes testimonios de cordial solicitud. Invitados á descansar, rehusaron con amabilidad, y adivinando los noruegos sus deseos, se ofrecieron en seguida á guiarlos hasta Christianía. Conmovidos los viajeros de tanto agasajo, aceptaron sus ofrecimientos, y después de dar las más expresivas gracias á todos los que les rodeaban y besar cariñosamente á los niños, se pusieron otra vez en marcha.

Desde su caída en aquellas regiones, los aeronautas habían descendido más de 2.000 metros, así es que la temperatura que en lo más alto de la montaña se elevaba á 37° se había bajado considerablemente. Trascorridas tres horas, se encontraron con un lago que atravesaron en una lancha que hallaron amarrada á la orilla, y que condujeron sus guías.

Los viajeros se figuraban á cada momento distinguir las casas de Christianía, pero después de una hora de travesía desembarcaron enfrente de un pueblo que todavía distaba 300 kilómetros de Christianía. ¡Amarga decepción! Una vez en tierra, el aeronauta abrazó á sus acompañantes, y montados en un trineo que encontraron al paso, fueron á casa del médico del pueblo, para el que iban recomendados. Este era una respetable persona, que los recibió con la mayor cordialidad, y que en seguida citó á todos sus amigos para honrar á sus inesperados huéspedes. Reunidos estos con sus señoras y familia fueron al salón principal de la casa, y presentados

nuestros viajeros por el doctor á todos en general y á cada uno en particular, empezaron como era natural, á referir los principales acontecimientos de su prodigiosa peregrinación, y las sangrientas acciones que en aquella época tenían lugar en su patria, y cuando más afanados se hallaban para hacerles comprender las muestras de valor y sufrimiento que mostraban los parisienses con motivo del terrible sitio que tenían, fueron sorprendidos por los acordes de un piano que entonaba la Marsellesa. Además de tan delicada muestra de atención, el doctor ofreció á Mr. Rolier su retrato, y su esposa abrió en el acto entre los concurrentes, una suscripción para socorrer á los heridos franceses. Confuso y embarazado Mr. Rolier para corresponder á tantas y tan repetidas muestras de afecto como recibían, no sabía qué hacer ni qué ofrecerles para corresponder á sus atenciones, pero notando que las señoras miraban con curiosidad las cajitas que contenían los papeles de fumar que les habían servido para guiar el globo, las repartió entre ellas, como también los diges que ambos llevaban en el reloj. A las diez de la noche, el doctor manifestó que los viajeros tenían que descansar, y saludando estos con la mayor efusión á todos los convidados, se recogieron para tomar fuerzas y poder al día siguiente continuar el camino.

En efecto, á las cinco de la mañana les despertaron, y



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim II. 3.

tomando todo lo necesario para el viaje, recibieron, como último donativo, unos hermosos abrigos de pieles que les cubría de pies á cabeza. Estando todo preparado, y ya montados en el trineo, los noruegos llevaron á tal extremo su galantería, que procuraron que las últimas palabras de despedida fueran pronunciadas en francés, así es que el doctor exclamó: «*Que Dieu vous protège, vous et votre noble patrie!*» Y un pariente suyo añadió: «*Je*



EL CASTILLO FEUDAL.



EL HALCONERO.



EL TORNEO.

suis l'ami des Français» frase que con anticipación se había hecho enseñar, para poder expresar mejor los sentimientos de su noble corazón. Terminada tan delicada despedida, arrancaron los caballos, llevándose á nuestros ya afortunados viajeros, los cuales volvían la cabeza para ver á tan hospitalarias gentes, que colocadas en una altura, los saludaban con sus pañuelos, hasta que se perdieron de vista. Esto sucedía el domingo 27 de Noviembre de 1870.

Después de veinte horas de camino en que mudaron los caballos en Flatdal, Hjertdal, Mombó, Hetterdall y Heibo, llegaron en extremo fatigados á Konsberg y se alojaron en el primer hotel que encontraron.

La noticia de su llegada, con multitud de detalles á cual más curiosos, circuló casi instantáneamente por el pueblo, y no habían hecho más que volver de telegrafiar al Cónsul francés en Christiania, participándole su próxima llegada á la misma, cuando una multitud de gente rodeaba el trineo que les esperaba á la puerta. Montados en él se vieron en la precisión de atravesar por en medio de dicho gentío, que los miraban con la mayor curiosidad, que los aclamaban también con gritos de «*Viva la Francia!*»

RICARDO DE VILLASEÑOR.

(Se continuará.)

FANTASÍA.

Dedicada á mi buen amigo

TOMÁS BASSAS PRAT.

Cruza rápido el insondable abismo que á mis pies se abre, oh Genio, quien quiera que seas, que me conduces; calla, atronadora multitud que me sigues, tu espantosa y confusa gritería me trastorna y me mueve á compasión; ébrias están tus cabezas; no oyes? peor para tí; sigue, sigue ciega el camino que has emprendido, atraviesa sin parar nunca el abismo sin fondo y sin límites que te has abierto, que si acaso este se cerrara tal vez encontrarías otros abismos que cruzar. Ignorante multitud! tuya no es la culpa, tú no distingues, tú no aprecias la bondad de las cosas, tú no penetras el fondo del corazón humano; pero oye,



LOS SOLDADOS DE LA CRUZ.

LA EDAD MEDIA.

escucha, sígueme y veras lo que hay dentro esa negra, profunda sima á cuyo fondo no llegan tus miopes miradas. Calla, cesen tus voces, paren los de acá sus sarcásticas risas, enjuguen los de allá sus lágrimas, acallen los otros la voz de sus desencadenadas y bajas pasiones, cesen todos en sus clamores y que no se oiga de nadie ni una palabra, ni un suspiro; oid, ved y meditad: Silencio!

Modera un poco tu marcha, oh Genio bienhechor que me conduces y bajo cuyas extendidas alas me cobijas, reprime tus ímpetus y como la mariposa que juguetea revolotea, deten de vez en cuando tu vuelo para reposar y poder descubrir así más detenidamente los objetos que nos rodean, los misterios que encierra ese espantoso abismo en cuyo seno fermentan las mayores calamidades, que se desarrollan inficionando con sus partículas invisibles la atmósfera que respiramos, cuyo aire nos hiere lentamente, conduciéndonos por último á un sepulcro lóbrego, terrible, porque es el sepulcro de cuyo fondo ya no podemos salir, porque es el sepulcro de la muerte.

Densas tinieblas nos rodean, nuestros ojos nada descubren ni nada ven, no temas, frenética y gritadora muchedumbre, adelante! un poder invisible nos guía y nos hará penetrar en los más recónditos lugares, en las profundidades más sombrías, él guiará nuestros pasos y disipará las ti-

nozcamos todos los peligros que nos amenazan, todas las monstruosidades de esa horrible sima, entónces saldremos con luz en nuestras inteligencias, radiantes de alegría, con gloriosa é interior satisfacción, como la cándida y ligera avecilla, que perseguida tenazmente por el feroz gavilán, encuentra un paraje seguro donde librarse de sus temibles garras, y aleccionada por ese instinto admirable que distingue á ciertos irracionales, procura evitar el que otra vez se vea en peligro de perecer destrozada por tan fiero enemigo.

A medida que nos internamos la oscuridad va siendo ménos densa, nuestros ojos descubren objetos cuya forma no nos es dado aún distinguir, pareciendo sinistras silenciosas fantasmas que vagan continuamente en busca de miserios mortales á fin de hacerles respirar aquella deletérea atmósfera; así el lobo hambriento recorre el bosque umbrío para devorar á la tímida oveja descarriada. ¡Adelante! alguien nos protege, lo visitaremos todo

sin temor de perdernos en esos laberínticos lugares, pero ¿qué es esto? ¿qué es lo que ven nuestros ojos? Ah! dos sombras que se acercan, su traje es de mujer, ya las tenemos á nuestro lado, parecen monstruos salidos del averno; ya se van, ya están lejos de nosotros, respiremos; ¿quiénes son, oh Genio, esas dos sombras que acabamos de ver? dí, quiénes son? callas? silencio! multitud ignorante, el Genio que nos guía vela por nosotros, él me inspirará en estos momentos.

Oid y meditad, aquellos dos monstruos que en forma de mujer se nos han aparecido, cogidos del brazo en fraternal unión, son la *Avaricia* y la *Ambición*, terribles satélites de Satan, irreconciliables enemigos de todo lo más bueno, de todo lo más santo; el amor y la caridad son para ellos palabras vacías de sentido, no conocen á la humanidad sino para sacrificarla en cuanto pueden; la sociedad, que mil veces maldicen, sirve de escabel á esos dos terribles entes, solo el *yo* les domina, y ántes permitirán que se hunda todo, con tal de que sean ellos una excepción, mientras puedan lograr el objeto que se hayan propuesto. Huid de esos monstruos como se huye de una deshecha tempestad que puede causarnos daño y aún matarnos, más terribles son todavía los males que llevan ellos: los odios, las venganzas, las guerras y la miseria siembran en toda

la superficie del globo y así los hombres sufren y perecen también, víctimas de esos males que han originado la *Ambición* y la *Avaricia*. Huid de ellos como se huye del león que ruga en las escabrosidades de un umbroso bosque.

Adelante! que no dejará de sorprendernos algo que llame nuestra atención, deber nuestro es el probarlo. Pero ois? qué siniestro rumor se escucha? silencio! del fondo de este oscuro abismo sale una voz al parecer melodiosa, escuchad:

Yo soy quien la dicha,
placeres sin cuento,
ofrezco al momento
al triste mortal:
conmigo no hay penas,
tristezas, quebrantos,
pesares, ni llantos,
ni sino fatal.

Venid y os ofrezco
mis tiernos amores,
un lecho de flores
do siempre dormir:
fugaz es la vida,
venid, oh mortales,
dejad vuestros males
y empiece el vivir.

¿Qué voz misteriosa es esta que vibra sonora como la cuerda de un arpa y cuyo eco se extingue poco á poco con dulzura en nuestro agitado pecho? ¿Cómo en este lugar horrible habita algo que parece ser bueno? Ah! no, no os dejéis seducir por engañosas ilusiones; esta voz que habeis oído es la de un enemigo del alma, es la voz de la *carne* que os tiende doradas redes para que aceptéis su fingido amor. Así la Sirena adormece blandamente á los navegantes al dulce son de su armoniosa voz, para tragárselos despues ferozmente. El mundo está lleno de falsas deidades que admiran los hombres, y que no son por cierto otra cosa que pobres y fatales víctimas que en alas de impuros deseos ó de un torpe egoismo, finjen candidez, finjen amor y hacen servir al hombre como un vil instrumento de sus indignas pasiones. Para ellas no hay consideraciones ni respetos de ninguna clase; el amor, la familia, el bienestar moral, no significan nada, solo ellas lo son todo.

Adelante! sigamos nuestro camino, ¿cuánto falta por ver aún! Condúcenos, oh Genio, con alguna mayor rapidez, porque el aire infectado que aquí se respira podría dañarnos en detrimento nuestro.

Mira ahí, ansiosa multitud, á la *Soberbia* y la *Ira*, compañeras de la *Ignorancia* y la *Lujuria*, con inmensa falange de servidores, sembrando doquier la mala semilla que dá tan funestos productos.

¿Qué es aquella sombra que en un apartado rincón se divisa? acerquémonos, qué horribles vision! es la de una mujer! Sí, la de una vieja que más bien parece un esqueleto que un ser viviente, de ojos hundidos, de siniestra mirada y de una sonrisa extraña que hiela la sangre. Ah! es la hija del gigante Gallas y de la Estigia, es la negra *Envidia*, que se presenta ante nosotros con sus naturales formas, con sus verdaderos atavíos. Ved á su lado otra sombra de mujer también, pálida, enmascarada, un rosario en una mano, un velo que la cubre y con piés de lobo. Es la *Hipocresía*. Compañera de la *Envidia*, cruzan ambas el ancho mundo, encontrando posada en todas partes, así en el suntuoso palacio del magnate, como en la mísera choza del pobre. Derrama la una la hiel y veneno que contiene su corazón, introduce la discordia en el seno de la sociedad y de la familia la otra. Como buenas amigas, emplean recíprocamente sus armas, y así la *Envidia* se cubre muchas veces con el velo de la *Hipocresía* y esta toma de la primera la calumnia. ¡Huid de tan terribles enemigos! pero no, no huyais, procurad conocerles de cerca, pero sea para desenmascarar á la una, para poner en ridículo á la otra y para compadecer á ambas.

Basta ya! oh Genio, tiende nuevamente rauda vuelo, y haz que ante nosotros se cierre para siempre este espantoso abismo que tantas maldades encierra y desparrama por todas partes. Que brille para nosotros la clara luz que del cielo viene, que respiremos el balsámico aire que se perfuma en las aromáticas flores del encantador Paraíso. Lo veis? otro mundo habitamos, ya somos felices: pero escuchad! una voz suave, dulce como la de un ángel se deja oír, Silencio!

¿Visteis abismo profundo,
triste, lóbrego, terrible?
pues abismo tan horrible
es el abismo del mundo.

Llena la vida de abrojos
cayendo en ellos el hombre,

males sin cuento y sin nombre
por doquiera ven sus ojos.

Y en todas partes lo mismo
hallareis en este suelo,
pudiendo llegar al cielo
teneis un pié en el abismo.

Bellezas se hallan doquier
que os ofrecerán amores,
mas mirad que entre las flores
mil espinas suele haber.

La felicidad! la dicha!
placeres que son mentidos!
que halagan vuestros sentidos
causando solo desdicha!

Como errantes peregrinos
cruzaís árido desierto,
buscad un seguro puerto
del viento á los torbellinos.

Veis!... no es, no, una ilusión,
surge su brillante luz...
hermoso faro! es la *Cruz*,
que es puerto de salvación.

ARTURO SABORIT Y THOMÁS.

Mataró 2 de Enero de 1873.

LA CASCADA DE ITAMARITI.

Solo en el Nuevo Mundo se puede asistir á esas escenas grandiosas é imponentes que muestran á los asombrados ojos todas las maravillas escapadas de las manos del Creador divino. Cuando el viajero contempla la famosa cascada de Itamariti, un sentimiento piadoso é inefable se desborda de su pecho, y sus labios murmuran á pesar suyo el hosana glorioso de los ángeles. Cuando los rayos del sol al hundirse en el ocaso, van á perderse en la húmeda nube que se levanta de la cascada, los fenómenos de la óptica hacen del aquel sitio un verdadero país encantado. Los arcos de diversos colores aparecen y desaparecen sin cesar, y su imagen, ligero juguete del aire, se mueve continuamente, tornasolando las aguas y los gigantescos y floridos árboles que rodean su cauce. ¡Ah, si el más estóico libre-pensador de nuestros días se hallase trasportado de improviso ante aquel magnífico cuadro, de seguro sentiría latir su corazón y se vería impulsado á pesar suyo á doblar la rodilla para invocar el nombre del Arbitro Supremo creador de tantas maravillas.

LA EDAD MEDIA.

Léjos están de nosotros aquellos tiempos en que solo se oía por todas partes el choque acerado de las espadas y el metálico son de los clarines; léjos están aquellos tiempos, en que el hombre vestido de hierro, solo pensaba en llevar á cabo hazañas portentosas. ¿Es que la paz ha sucedido á la guerra? ¿es que se han extinguido las turbulentas pasiones, y que el hombre moralmente transformado, sometido completamente á la ley, dirime sus discordias por medio de la persuasion y las razones? ¡Ah, no por desgracia! El hombre, hoy como ayer disputa á su vecino el puñado de tierra que posee y no duda en arrancárselo, aunque sea pasando por encima de su cadáver. Es que el mortífero plomo ha reemplazado á la espada, es que un fusil manejado por una mano inesperada va á destrozar el corazón del adalid más valiente, es que las fáciles comunicaciones abrevian el tiempo de las guerras, sin que por esto sean menos sangrientas, menos desastrosas.

Solo ha variado, pues la forma, y es injusto hasta cierto punto llamar bárbaras á aquellas costumbres que en el fondo no se diferenciaban de las nuestras; pero que en cambio estaban revestidas de poética grandeza. Aunque siempre haya sido el interés el rey del mundo, sus manifestaciones entonces eran más nobles, más magnánimas.

El rastreador cálculo, el mezquino positivismo, no se atrevían á mostrar su faz aviesa y repugnante en donde se daba público culto al honor, á la religion, al amor, á todos los sentimientos generosos, y no se veían como ahora levantados sobre el pavé de la pública admiración y coronados de flores. Si habia hipocresía, siempre preferible al descarado cinismo que contagia cuanto toca, estaba compensada por el homenaje rendido á las virtudes caballerescas, á las heroicas hazañas. En una palabra, aquella sociedad era toda ideal, la nuestra es toda materialismo. No seremos nosotros quien se atreva á dar la palma á la una sobre la otra, comprendiendo que el hombre de todos los tiempos es un compuesto de luz y de sombra, de mi-

serias y grandezas, pero no podemos menos de confesar que la Edad Media, con sus caballeros sin miedo y sin tacha, sus severas castellanas convertidas en ídolos, con sus trovadores, sus torneos, sus castillos feudales y sus torres solitarias ofrecen un poético conjunto, muy grato al que rinde á la poesía un culto constante y fervoroso.

NICASIO ALVAREZ.



EL ARTE EN SEVILLA.

Libres como el pensamiento
Son del genio las creaciones,
Y ellas dan á las naciones
Vida propia y noble aliento.
Si del arte el sentimiento
Su patria y fines revela,
En la Sevillana Escuela
Se halla en vision peregrina
La etérea lumbre divina
Que constante el alma anhela.

Y esa luz brillante y pura
Que solo el Pintor del Cielo
Ver alcanzó, con desvelo,
En su perenne hermosura,
Fué la que en alta ventura
Cercó su nombre de gloria:
De España vive en la historia,
Y hoy en extrañas regiones
Se tributan ovaciones
Con justicia á su memoria.

Sevilla insigne, tu ofreces
Al mundo sublime ejemplo,
Que si del arte eres templo
Con él á Iberia engrandeces:
Lograste cien y cien veces
Por tus artistas brillar,
Y el Bétis rauda al mirar
Sus obras, que Europa aclama,
Llevó tu creciente fama
A los confines del mar.

Y no tan solo otorgaste
Lauros á tus nobles hijos:
Aquí de males prolijos
A extraños genios libraste:
Si de su saber guardaste
Obras que elevó tu celo,
Ellas muestran el anhelo
Que por el arte sentías
Y el premio que le ofrecías
En tu hospitalario suelo.

¡Gloria á la ciudad galana
Que en su recinto atesora
Joyas que el tiempo avalora
Y que ella conserva ufana!
¡Gloria á la ciudad cristiana
Que del artista á la mente
Mostró con afán ardiente
Triunfos en alzada meta,
Y lauros brindó al poeta
Para ornar su noble frente!

Jóvenes, que al mundo dais
En obras mil un tesoro,
Y en vuestros sueños de oro
Alta perfección buscáis:
Si en noble lid conquistais
El galardón soberano,
Tended al par vuestra mano
Al que igual gloria desea,
Y digna vuestra alma vea
En cada artista un hermano.
Senda de flores ornada
La ilustración os augura,
Unid á su llama pura
La luz de la fe sagrada:
El alma vuestra llevada
De honrosos triunfos en pos,
Aliento busque en las dos;
Que, si en grandezas fecundo
El genio impera en el mundo,
Es porque emana de Dios.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

BIBLIOGRAFIA.

No hay nada más grato para nuestras almas, como ver que á pesar de las perturbaciones políticas, todavía se rinde un culto apasionado á las letras patrias, y lo es mucho más si podemos conceder los honores del triunfo á las plumas femeniles.

En Sevilla acaba de verificarse el Certámen Poético, instituido en honor de Cervantes, Príncipe de los ingenios españoles. Dióse principio al acto por un discurso leído por el Sr. D. José Fernandez Espino, tan galano y tan correcto, como elevado y filosófico, y luego se procedió á la lectura de las composiciones premiadas.

Lo fué en el primer asunto, *Una oda en honor de Cervantes*, de la eminente poetisa doña Antonia Diaz de Lamarque, autora de un rico tomo de excelentes poesías, de otros muchos trabajos literarios de gran mérito, y premiada en certámenes poéticos, llevados á cabo en otras provincias de España.

Los que conocen personalmente á la autora en cuestión, tienen muchos motivos de admirarse. Aquella señora tan espiritual, tan delicada, flor de rico invierno, que crece y vive al calor de su hogar doméstico, alejada de un mundo en que podía brillar por todas las condiciones que la rodean, y que, sin embargo comparte su vida entera entre sus obligaciones de esposa, sus libros de Sevilla y sus flores de Dos-Hermanas, no parece la poetisa que en levantado apóstrofe, llama á Cervantes, y con Cervantes á su siglo, para cantarle, si, pero para cantarle despues de haberle juzgado, y penetrándose de lo que era aquella mente de creación tan vigorosa, que resiste al tiempo y al análisis, como el Himalaya resiste la planta del explorador y las Pirámides guardan el secreto de sus tumbas régias.

Terminada la lectura por el académico Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizone, representante de la poetisa, que por modestia no asistió al acto, tres salvas de aplausos demostraron la entusiasta impresion que hizo la composición en la concurrencia.

Era el segundo asunto "Una leyenda tradicional de Sevilla," y en este obtuvo el premio el Sr. D. Manuel Cano y Cueto que escogió por tema á "Don Miguel de Mañara," fundador del Hospital de la Caridad, mereciendo el "pensamiento," de oro, esmalte y pedrería con que lo ha premiado la Academia.

Léyose despues otra composición de la señorita doña Victorina Saenz de Tejada, que obtuvo el áccesit en el mismo asunto. El áccesit consistió en un alhaja remitida á la Academia, y aceptada por esta, para la segunda composición del asunto legendario, por un modesto "Mecenas," que quiso asociarse en el misterio al levantado propósito de aquella ilustre corporación.

Obtuvieron tambien los honores de la lectura, dos composiciones más. Una, de la señora doña Isabel Cheix titulada "El Rey Mártir," que se refería á San Hermenegildo, rey de Sevilla, y otra titulada "Axataf," del Sr. D. Antonio Sanchez Bedoya, concerniente á la rendición de esta ciudad al ejército cristiano.

Como se ve por esta reseña, tres poetisas y un poeta han obtenido los honores del triunfo en este certámen. El bello sexo ha estado, pues, en mayoría, y en conjunto le felicitamos, al felicitar á sus tres representantes.

La fecunda é inspirada novelista Doña María del Pilar Sinués de Marco, acaba de publicar un precioso libro, flor aromática, tan lozana y bella como todas las que produce su esclarecido ingenio.

Titúlase *Una hija del siglo*, y no se necesita hacer su encomio, siendo tan conocidas y populares las obras de su autora. Tampoco se necesita decir que es moral, amena y sumamente adecuada para figurar en la biblioteca de una jóven.

Las suscriptoras del CORREO han admirado más de una vez los bellísimos artículos de la distinguida escritora que hemos tenido la fortuna de publicar en sus páginas, y creemos por lo tanto, que se apresurarán á adquirir esta interesante obra, que consta solo de un tomo, y se vende en esta Administración al precio insignificante de cuatro reales.

Aunque tarde, no dejaremos de rendir nuestros calurosos parabienes al Sr. D. Teodoro Guerrero, por la segunda parte de *Anatomía del corazón*, que es acaso una de sus mejores novelas, tan recomendables todas por las sanas ideas que sustenta y la elevada moral que preconiza.

Una sorpresa muy grata hemos experimentado al recibir un volumen perfectamente impreso, que nos remite la ilustre escritora portuguesa Doña Guiomar de Torregão. Titúlase *Rosas pálidas*, y contiene cuatro precio-

sas novelas, precedidas de una carta del aventajado escritor Thomas Ribeiro. *Celeste*, *Amor de hija*, *Amor de madre* y la *Dama de las violetas*, son otras tantas perlas que forman la espléndida diadema que ciñe las sienes de la distinguida escritora, que tanto enaltece las letras portuguesas.

Hemos leído su libro con verdadero entusiasmo, y nos prometemos traducir alguna de sus novelitas para que puedan tambien admirarla las suscriptoras del CORREO.

Hemos dejado para lo último el hablar de una de nuestras más jóvenes poetisas. La bella señorita Doña Blanca de Gasó y Ortiz, ha publicado su Loa al *Dos de Mayo*, estrenada con extraordinario éxito en el teatro Romea y en el precioso teatrillo de los Sres. de Malpica. Escrita en un breve espacio de tiempo, en fáciles y sonoros versos, es digna de los aplausos que se le han tributado y revela las felices disposiciones de su autora, para ocupar un lugar eminente en el templo de la fama.

EDUARDO LOPEZ.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion).

CAPITULO XI.

DONDE SE DEMUESTRA QUE MAGDALENA FUÉ LA MADRINA DE BODA DE SU ANTIGUA ENEMIGA Y RIVAL.

Era el día 1.º de Noviembre, y hacia un día horrible; llovía mucho y corría un viento impetuoso, esto, sin embargo, no impedía que Suarez con una actividad admirable, corriese de su casa al convento de santa Bárbara y de este á la del General. Estaba muy contento con el casamiento de Alberto y Ernestina, en el cual él tomara tanta parte. Quería á Ernestina como á una hermana, y al Conde como á uno de sus mejores amigos, supuesto que estaba resuelto á acatar las leyes del deber y del honor.

La iglesia del convento habia sido adornada con lujosa pompa para la augusta ceremonia.

¡El matrimonio, lazo indisoluble y santo que enlaza á dos seres para toda la vida! ¡El matrimonio, Sacramento el más grande de la iglesia, y que hace que dos personas indiferentes contraigan el más íntimo parentesco! ¡El matrimonio, que convierte á dos seres en uno solo haciéndolos compartir las mismas penas y los mismos goces! ¡El matrimonio, terrible lazo si sale mal, porque no puede romperse, que dura tanto como la vida y que puede hacer de ella un paraíso ó un infierno!

Esta carga tremenda la iban á echar sobre sus hombros, el Conde y Ernestina, mas, ¡cosa extraña, no la temían!

Eran las once de la mañana, y el casamiento debia verificarse á esa misma hora. Suarez esperaba impaciente en la iglesia con el Capellan del convento, que era el que iba á dar á los novios la bendición nupcial.

El Sacristan abrió al fin la gran puerta, y se presentó Ernestina en medio del Conde y su hermano.

La novia venia rigurosamente vestida de negro. No pudiendo ponerse el blanco traje de virgen, ni ostentar en su frente la poética y pura corona de flores de azahar: ningun vestido le habia parecido tan conveniente como el severo de luto, que no por eso dejaba de ser elegante. Un vestido de moiré, una manteleta de terciopelo negro y un velo de blonda, componian su atavío.

Estaba pálida y conmovida, y en verdad que la ceremonia lo merecia.

El novio vestia con la más exquisita elegancia, y lucía en su pecho algunas cruces extranjeras. Su fisonomía respiraba placer, y la más completa tranquilidad.

Augusto apenas podia sostenerse, pues habia dejado el lecho para asistir á la ceremonia; lecho de espinas en el cual le tenia postrado su amarguísima pena. Llevaba el rico uniforme de mariscal de campo, y al cuello las grandes cruces de Carlos III é Isabel la Católica.

A los pocos momentos apareció la Priora del convento al frente de toda la comunidad. Magdalena llevaba puesto el traje de terciopelo blanco, que vestia hacia algunos dias, el rostro cubierto con el antifaz, y apoyándose moribunda en el brazo de Angela.

El Sacristan cerró la iglesia y empezó la ceremonia. Magdalena y Augusto eran los padrinos de la boda. ¡Cuánto sufrían uno y otro, pensando que jamás llegaría para ellos aquella dulce hora! Ella porque se sentía morir, y solo un esfuerzo de voluntad suprema la llevaba á la iglesia, y él porque comprendía que la única mujer á quien hubiese podido unirse, estaba ¡allí! en su presencia, moribunda, casi agonizando.

Su estado empeoraba á cada instante y habia creído no poder asistir á la sagrada ceremonia.

En el tiempo en que Angela la vistió, la acometieron tres desmayos que la imposibilitaron de moverse. Viendo esto su tía la prohibió que dejase el lecho, pero ella, con una energía inaudita se negó á complacerla, y tanto rogó y suplicó que la Priora la dió su consentimiento creyendo que la oposicion la haria más daño. La enferma, con una fuerza de espíritu admirable, se puso en pié para bajar á la Iglesia. Solo la esperanza la sostenía, se le figuraba á la infeliz que asistiendo al matrimonio del Conde y Ernestina, deseando vivamente que se hiciese, como al principio se habia opuesto á él, era un mérito á los ojos de Dios, para que misericordioso le otorgase su perdón.

Los ruegos de Angela y aún el mandato de la Priora fueron inútiles para impedirle que se pusiera el antifaz.

Magdalena queria asistir á la ceremonia con el rostro cubierto, para que en presencia del Criador de cielos y tierra, su expiación fuese completa.

Si la vida de aquella mujer habia sido borrascosa y fútil, en cambio su agonía no podia ser más cristiana; hasta el último momento de su vida oró y lloró sus culpas. Por eso estaba allí cuando no debiera dejar el lecho! por eso se apoyaba agonizante en el brazo de Angela!

Cuando llegó la ceremonia al terrible sí, Ernestina lo pronunció vacilando y con miedo, como si temiese lo que hacia. El Conde por el contrario con voz clara y sonora, y animando con una mirada cariñosa á su turbada compañera.

Ponce de Leon estaba agitado de un temblor convulsivo, y casi le faltaban las fuerzas, pero no le daba el ejemplo aquella noble mujer? El General la admiraba y su amor crecia ante aquella alma fuerte y digna, que era ya solo espíritu.

Se concluyeron los desposorios, y la enferma se sentó en un sillón preparado para ella. Empezó la misa de velaciones. Magdalena con un esfuerzo sobrehumano, se puso en pié, y fué á ocupar su lugar al lado de la novia, y el General al del novio; pero ay! la muerte reclamaba ya su presa, la infeliz no podia tenerse, y le acercaron el sillón al altar á una seña del Sacerdote.

Se acabó la misa, ninguna ceremonia faltaba ya á la union del Conde y Ernestina; eran esposos por toda la vida, únicamente la muerte podia separarlos. Como si la enferma solo estuviese sostenida por el afán de ver celebrado el himeneo, al acabarse este cayó desmayada en el sillón, y en él la llevaron á su celda.

E. FEIJÓO Y DE MENDOZA.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1078.

NÚM. 1. *Sombrero cerrado de tul negro*.—El ala está cubierta de reps de seda negra y lleva por dentro una diadema de plumas rizadas color de rosa. Un ramo de rosas y bayas negras sostenido por una hebilla y una *aigrette* en forma de espiga, ambas de azabache, adorna la parte de delante y el costado derecho. Bidas de tul.

NÚM. 2. *Sombrero cerrado de paja de arroz*.—Está guarnecido con cinta azul gros grain, lleva debajo del ala violetas con follaje y encima de la copa un ramo compuesto de diferentes flores.

NÚM. 3. *Sombrero TIROLES de paja de Italia*.—El ala levantada va cubierta de reps negro, y cuatro cintas de terciopelo negro rodean la copa decorada además con un ramo de flores lila con follaje.

NÚM. 4. *Sombrero de gasa negra*.—Ricamente adornado de plumas y lazos negros y carmesíes, que se fijan debajo de una hebilla y *aigrette* negras. Bidas negras forradas de raso carmesí.

NÚM. 5. *Sombrero de tafetan azul*.—Adornado de plumas azules, lazos de reps color de rosa, y un ramo de rosas con hojas y capullos. Ramito pequeño bajo el ala.

NÚM. 6. Prendido de rosas, con esprit y larga caída de hojas.

NÚM. 7. Prendido de cinta rosa adornado de flores. Tambien puede hacerse de encaje y flores, ó de plumas y flores.



EL PAVO REAL Y LA PERDIZ.

Mo hay ave más hermosa que el pavo real; pues la naturaleza parece haber reservado para ella todos sus tesoros. Sus plumas tienen los matices vivos de las flores y los reflejos brillantes de las piedras preciosas. ¡Qué esplendor en las azuladas tintas de su cuello, en la variedad de los colores de su penacho! ¡qué riqueza, qué magnificencia en su cola, qué golpe de vista tan deslumbrador ofrece cuando forma la rueda para ostentar su belleza! y por último, ¡qué gallardía, que orgullo en su porte y en sus miradas! Sin embargo, su voz es sumamente desagradable, pareciéndose en esto á ciertos necios que su ufanan con su rico traje, y descubren su ignorancia tan pronto como toman la palabra. El pavo real gusta de retirarse al anochecer sobre los árboles elevados para pasar allí la noche; pero como no le pueden seguir los pavoncillos, va á buscarlos uno por uno y los conduce sobre su lomo. Llega el día, y entonces toma vuelo, los llama y estos le siguen como pueden. Esta ave pierde su espléndido plumaje todo los años y se avergüenza tanto al verse desnudo, que se esconde en los sitios más apartados, y no vuelve á parecer hasta que ha recobrado sus galas. El pavo real es la imagen de la vanidad ridícula y jactanciosa.

LA PERDIZ.

Bello tambien es el plumaje de esta ave sedentaria que habita generalmente en las tierras sembradas de trigo. Apenas se separa de los lugares en donde ha nacido, y aprovecha la huella que ha dejado en el suelo cualquiera buey ó caballo para depositar sus huevos. Suelen ser quince ó veinte, que empolla por sí sola, mientras el macho permanece al lado del nido para acompañarla cuando va á buscar su alimento, y cuidar con ella de la educacion de sus hijuelos tan pronto como se avivan.

La perdiz no soporta su cautiverio con la resignacion de otras aves, lucha y forcejea para romper los hierros de su jaula y su canto monótono y triste parece un lamento. ¡Quién al rayar el alba en las mañanas de la primavera, cuando la naturaleza empieza á despertar del sueño, cuando las nubes sonrosadas, precursoras del sol empiezan á matizar el espacio, no ha experimentado una indefinible sensacion de tristeza al oír el canto de la perdiz aprisionada en su estrecha jaula! Parece que la desvalida recuerda su frondoso soto, sus campos de trigo, la adorada compañera, los éxtasis del amor, su libertad perdida; parece que presiente, que más tarde, el hombre inhumano la obligará á hacer traicion á los suyos, atrayéndolos con su reclamo para que sean víctimas del mortífero plomo ó caigan en poder de su verdugo.

FELICIA.

CORRESPONDENCIA.

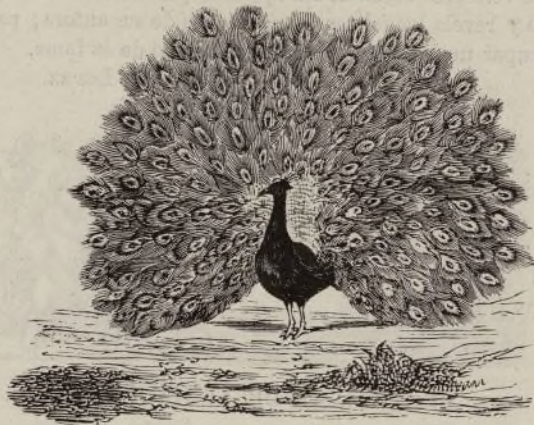
A. B. *Sevilla* Faltaría á su mision un periódico de la índole del nuestro, dejaria de ser el verdadero amigo de la familia, si no se ocupase en primer lugar de la economía, objeto á que debe aspirar principalmente una señora juiciosa y entendida. Hace algun tiempo se usaron los pañuelos de encaje de tres puntas, y he aquí el modo de utilizarlos. Se forman con ellos tunicas para llevarse sobre vestidos guarnecidos de volantes hasta la rodilla, colocándolos bien con la punta del centro por delante, en forma de delantal, y las otras dos anudadas atrás cayendo sobre el pouf, ó bien la del centro atrás, fruncida á un cinturon hasta cierta altura y cayendo la punta por encima del cinturon y las otras dos delante figurando túnica abierta. Si se cubre el cuerpo con un fichú de encaje, aunque no sea igual, se obtendrá un lindísimo traje completo. En cuanto á los encajes y blondas pueden utilizarse del modo siguiente. Los de 5 á 20 cents. de altura, se emplean para guarnecer los vestidos, los de 30 centímetros para manteletas y abrigos, y los de 50 para adornar trajes ricos, drapeándolos en forma de delantal por delante y pouf por detrás.

Los valencienes de 5 á 10 cents. de altura, tambien sirven para el mismo objeto. Cuando no tenemos bastante para guarnecer una túnica, se adorna el peto, el chaleco y las mangas interiores del vestido.

Una madre con seis hijos. No hay economía más grande y más razonable que un gasto hecho á tiempo por crecido que este sea. No titubee V. un dia mas, encargue V. al instante una máquina de coser á D. Antonio Paz, de Santander, y estoy segura de que me agradecerá el consejo. El precio es insignificante comparado con los beneficios que debe reportarla su adquisicion. Las máquinas de dicho señor, acompañadas de exactas explicaciones, son poco complicadas, sólidas, y de una aplicacion constante para toda clase de labores.

Junto á mis tilos. He aquí la receta que me pide para hacer crecer el cabello. Se llama *Agua inglesa*, y sus resultados me aseguran que son buenos.

Agua de rosas..... 100 gramos.
Acido acético..... 25 "



EL PAVO REAL.



LA PERDIZ.

Esencia de cantárida..... 25 gramos.
Esencia de violeta..... 15 "

Se mezcla bien el todo, y se usa dos veces por semana empapando una esponjita en el líquido y frotando con ella la raíz de los cabellos. Debe agitarse antes el frasco, y no inquietarse si produce una ligera irritacion.

Hé aquí ahora la receta para disipar las ojeras.

Se toman 50 gramos de cabecitas de romero, y se dejan en remojo en dos litros de agua destilada por espacio de una semana, al cabo de cuyo tiempo se le añaden 50 gramos de agua de rosa y 50 de aguardiente.

L. O. *Santander.* Las peinetas van á estilarse muy altas. Para todo lo que desea V. saber con relacion al peinado, dirijase V. á *La Catalana, Peluquería Universal*, plaza de Topete, núm. 15. Esta señora, cuya amabilidad es indecible, satisfará á todas sus preguntas y la aconsejará lo que mejor la convenga. No hay en Madrid otra tienda mejor surtida que la suya, tanto en lo que concierne á peinados elegantes, como al ramo de perfumería.

A la orilla del mar. El asunto de que se trata es sumamente delicado, pues va envuelta en su resolucion la felicidad de dos personas y la de la familia que sobrevenga. Si el amor sin dinero produce desastres, no los produce menos espantosos el dinero sin amor. No olvide que la mejor de las dotes para una señorita son sus virtudes, y que más vale vivir con un poco de estrechez, que vivir al lado de una persona á la que no se puede conceder ni cariño ni estimacion. Su hijo de V. es muy jóven todavia y puede aspirar á más que á una boda de conveniencia.

M. N. Las cenefas de soutache se reemplazan hoy con ligeras guirnaladas bordadas al pasado. Tambien son de buen efecto los guipures de color para guarnecer los trajes de lana.

No hay señora por modesta que sea su fortuna y severas sus costumbres, que pueda permanecer indiferente al

irresistible deseo de embellecerse, porque todo lo bello es sublime.

Muchos son los específicos inventados para conseguir este fin, pero todos han sido abandonados por ser nocivos. Sin embargo, el que últimamente se ha puesto á la venta con el nombre de Blanco cera de Matilde Diez, está haciendo furor, y no hay elegante que no haya experimentado sus maravillosos resultados. Bien es cierto, que el estar elaborado por un entendido químico, así como el estar usándolo hace años la eminente artista, son garantías que ningun otro ofrece; así pues, no vacilamos en recomendarlo á nuestras lectoras como una cosa notabilísima por todos conceptos, y que hallarán en el depósito, Arenal 16, entresuelo, y en la elegante perfumería de Frera, Cármen, 1.

* *

Soluciones á la charada inserta en el núm. 13 del CORREO, por Doña Cándida Aleu, de Murcia; Doña Emilia Martínez, de Sevilla; Doña Paula Fitó, de Barcelona; Doña Eugenia Santamaría, de Santander; Doña Paula Ibañez, de Valencia; Doña Teófila Agreda, de Bilbao; Doña Nemesia Gomez, de Barcelona, Doña Aurelia Vimes, de San Sebastian, y las señoritas Nieves y Concha Fernandez y Córdova, de Mérida.

PITÁGORAS.

CHARADA.

En la primera y la cuarta,
Un nombre hay, y un apellido
El nombre es de un artefacto
De forma y labor sencillo.

El apellido, aunque noble,
No es de los más conocidos,
Que terminan en é y z,
Que tanto se han estendido.

Sin la primera y segunda
Nada aquí habria existido,
Y si llegase á faltarnos
Moriria cuanto hay vivo.

Nada son tercera y cuarta
Si no se les presta auxilio,
Pero agregando la prima,
El caso ya es muy distinto.

Porque con su nuevo ser,
Su existencia y poderío,
A la humanidad sería
Más útil que el oro mismo.

El todo es mucho y es nada,
Si en dos partes lo divido;
Lo primero es una y dos
Que en el mundo es tan preciso.

Lo segundo tres y cuatro,
O sea nada, como he dicho,
Pero como las dos juntas
Pueden venir de improviso,
La prudencia me aconseja
Guarde de ellas mi individuo.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid 7 de Abril 1873.

UNA HIJA DEL SIGLO.

novela original,

POR MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Se vende en esta administracion, al precio de 4 rs., y se remite á provincias, franco de porte, á los que envien 12 sellos, de 10 céntimos de peseta.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI,

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION.

Los que no siembran no cogen, novela de costumbres, que forma un elegante tomo, 6 rs.

Las riquezas del alma, dos tomos, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

Para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA, 8 en Madrid y 10 en provincias.

Coleccion de poesías, un tomo 10 rs., y 5 para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA.

Tambien se halla de venta el *Tratado de Labores*, ilustrado con preciosos grabados, y cuyo precio es 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, franco de porte.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende á 6 rs., y bastará enviarlos á esta Administracion para recibirla franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edicion recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).